

F/233
.5
P7

ESTA ASEGURADA LA PROPIEDAD
LITERARIA DE ESTA OBRA POR EL AUTOR.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

PROLOGO.

"LA HISTORIA NO ES UN
ADULADOR SINO UN TESTIGO"

El General Díaz duró en el poder tantos años porque su gobierno respondía al anhelo más perentorio de la Nación: LA PAZ! El día en que el País se convenció de la impotencia del gobierno del Gral. Díaz para darle lo que tanto desea, orden, tranquilidad para trabajar, la Nación reivindicó todos los derechos que le había sacrificado y derrocó al gobierno que no sabía darle lo que ansiaba.

Esto explica también por qué la Nación, no obstante que la conducta del General Reyes lo exhibía tal cual era, tuvo sin embargo una veleidad y pensó que pudiera llevar en su espada dura y quizá arbitraria; pero fuerte, lo que la Nación desea: la PAZ. Las palabras y los procedimientos del General Reyes precipitaron su caída. El País no vió en el soldado ante quien coqueteaba, al hombre que podría darle la tranquilidad porque suspira, y lo despreció. En tan angustiosos momentos apareció, como el héroe de una leyenda germánica, un hombre de aspecto sencillo, con aureola de apóstol y vocación de mártir, que había recorrido casi todo el País predicando democracia e igualdad hasta el socialismo; ofreciendo la

4 DE LA DICTADURA A LA ANARQUIA

salud y la vida. Era el único refugio, la única esperanza, el único hombre que se erguía en medio de tantos hombres arrodillados y la Nación resueltamente volvió la cara y se entregó por completo al señor Madero.

¡El señor Madero fué un mimado de la fortuna! ¡A él tocaba cosechar los frutos que tres generaciones habían acumulado! ¡A él tocaba recoger el producto elaborado desde la intervención francesa y casi en su madurez cuando subió al poder! Desgraciadamente, o no se dió cuenta exacta de la situación, o conociéndola, no supo aplicar el verdadero remedio a nuestros males.

¿Qué fué el señor Madero? ¿Un apóstol, como le llaman sus amigos? ¿Un alucinado como lo proclamaban algunos? ¿Un loco como lo presentaban sus enemigos? La adulación lo vistió con los más variados ropajes; su oratoria, que prodigaba sin tasa, lo presenta con caracteres disímbolos: sus burladores le colocan entre los personajes ridículos. Para el hombre frío, desapasionado, ni fué un apóstol, ni fué un alucinado, ni un loco; era un símbolo.

El País, después de la guerra de intervención, conquistada su independencia legal y moralmente, quiso dedicarse al trabajo; quiso cerrar la puerta a las ambiciones, y alejar de su lado el fantasma de la revuelta que le había impedido durante medio siglo desarrollar sus elementos de riqueza y sus anhelos de libertad; pero ello era imposible, porque los soldados triunfantes, y los soldados vencidos tenían que vivir: había necesidad de que el Presupuesto cubriera con su manto protector, a todos aquellos para quienes la existencia que habían llevado por tantos años les impedía dejar de improviso una vida de azares y peligros; y no siendo posible al Gobierno emplear a todos, era imposible evitar la lucha. La guerra

del 71 fué un crimen nacional, pero necesaria para el elemento militar. La del 76 también lo fué, porque en ella concluiría la amalgama de los soldados, reuniendo a todos bajo la bandera de la República. Además, justo es decirlo, en disculpa de los rebeldes de Tuxtepec, el gobierno de don Sebastián había olvidado los principios esenciales en que se basa todo gobierno en pueblos como el nuestro. El orgullo del señor Lerdo opacaba su clara inteligencia: la revolución de Tuxtepec fué inevitable. Concluida la guerra, sofocados con mano de hierro los últimos movimientos del monstruo revolucionario, la calma, al comenzar el segundo período de don Porfirio Díaz, invadió nuestro organismo.

Desde que el General don Manuel González entregó pacíficamente el Gobierno en Diciembre de 1884, todos los mexicanos parecía que nos habíamos resignado a vivir bajo la dictadura de D. Porfirio, con la única condición de que ella nos diera paz y con ella medios de trabajo. Así se explica el poder del General Díaz y la sumisión de todo un pueblo. Por tal motivo, cuando estalló la revolución de 1910, encontró poco eco en la conciencia nacional, no adormecida como muchos han creído, sino resignada. El Gobierno, que tenía la conciencia de la justicia que asistía a la Nación para rebelarse, tuvo miedo. El miedo le hizo perder la cabeza, y la revolución, en vez de morir, fué creciendo. Caminó al principio entre golpes y derrotas con gran lentitud, con verdadera miseria, hasta que la impotencia para dominarla hizo ver a todos que el Gobierno en vez de tener la fuerza y poder que se le suponía, era débil, y la robustez de que había hecho alarde más aparente que real. Entonces se despertaron las ambiciones que el miedo había contenido, surgieron las energías que el deseo de Paz había atado; y repenti-

namente, sin que pudieran explicárselo sino los observadores atentos al fenómeno, la revolución que parecía próxima a concluir, se propagó con gran intensidad, y lo que semejaba un fuego fátuo, extingüible con un soplo, convirtióse en hoguera que todo lo consumió.

Los mismos revolucionarios quedaron atónitos ante su victoria, y la revolución triunfante así, de manera tan rápida, no tenía nada organizado al recibir el Poder que le abandonó el General Díaz. Se precipitaron los hechos y hubo que improvisar los hombres. Se echó mano de lo primero que se encontró, y se formó un Gobierno que ni era netamente revolucionario, ni estaba preparado convenientemente para la labor que debía llevar al cabo. El General Díaz, en un gesto de supremo despecho, porque él sí conocía al hombre, aceptó como sucesor a don Francisco L. de la Barra.

El señor de la Barra, a quien sorprendió el movimiento, lo mismo que a los revolucionarios, tampoco estaba preparado, ni se dió cuenta exacta del fenómeno. ¡Si se hubiera dado cuenta exacta de él, habría procedido de distinta manera y habría gobernado de otro modo!

El señor de la Barra tenía dos amplios caminos que escoger: o encarnaba los principios revolucionarios, que no habían sido suyos; pero que la casualidad ponía en sus manos para desarrollarlos, y para ello echaba mano exclusivamente de los hombres de la revolución, capaces y perfectamente identificados con sus principios, implantando desde luego las grandes reformas ofrecidas; o tomaba el papel de un organizador, encausando todos los sentimientos del País e imponiéndose a los revolucionarios y a los no revolucionarios; pero independientemente de todos ellos, asumiendo el papel de verdadero jefe de la Nación. Para ello necesitaba, con mano enérgica, dedi-

carse a contener los desmanes de los unos y de los otros, haciendo abstracción de las exigencias de éstos y de las ambiciones de aquellos. Esto es, haciendo entrar a todos dentro del orden y la ley, sin escuchar los murmullos de los aduladores, que habían de tocar a su vanidad, ni los gritos de los ambiciosos, que habían de querer amedrentarlo con sus aullidos.

El señor de la Barra, desgraciadamente, no se dió cuenta de la situación e inconscientemente quiso ser a la vez, el representante de una revolución cuyos principios y fines desconocía, y el continuador de una obra que se derrumbaba al solo impulso del tiempo. ¡He ahí la causa de su fracaso!

La revolución no encontró nada organizado políticamente, al encargarse de hecho del Poder. El organismo antiguo estaba en pie, los servicios habían continuado en la misma forma y con los mismos vicios que antes. ¡La Justicia, esa suprema ilusión que tanto acariciamos, continuó bajo el mismo sistema, bajo el mismo anate ma que antes! Y el período transitorio sólo nos enseñó la inmensa vitalidad del País, que ha resistido el empuje devastador de los revolucionarios sin conciencia, la inercia del Gobierno, y los apetitos de los que todavía no están hartos, no obstante haber estado sentados muchos años en la mesa del antiguo régimen, y de los que, voraces, llegaron a saciar el hambre y sed de honores y dinero que les hizo lanzarse a la revolución armada.

El señor Madero, como Jefe de la Nación, llegó a la silla presidencial sin encontrar nada organizado, sin que el Gobierno Interino—digan lo que dijeren los aduladores—que como nadie ha tenido el señor de la Barra—hubiese hecho la labor de preparación, de concordia y

de pacificación a que estaba obligado, que era su esencial deber, la nota primera de su programa, para que el nuevo Gobierno pudiera dedicarse desde luego, y con toda calma, al desarrollo de los grandes problemas que inscriptos en su bandera, ofrecían dar vida propia y bienestar a la Nación.

Supongamos que el señor Madero se dió cuenta exacta de la situación. ¿Cómo podía emprender la obra? ¿Con qué elementos contaba?

Los hombres netamente revolucionarios, los que estuvieron en la lucha en los momentos del peligro, que eran los que en justicia debían ser llamados a la obra de reconstrucción, no tenían aptitudes para ello: El Gobierno Interino los gastó y era un crimen entregar la suerte del País en sus manos. Sin embargo, el señor Madero creyó un deber no aislarse de ellos. Entre todos los hombres que presentó la revolución, no descolló uno solo que merezca el nombre de estadista. Don Manuel Bonilla, tan calumniado por la prensa, fué el mejor administrador de todos ellos; honrado, justo y laborioso; pero sin experiencia política. Don Ernesto Madero, que era el que más prometía, demostró impotencia para contener el derroche de dineros que fué la característica del Gobierno Interino y del que presidió el señor Madero.

¿Podía arrojarse el nuevo Presidente en brazos de los hombres gastados en el antiguo régimen? ¿Habría sido una insensatez! ¿La revolución se habría juzgado traicionada! ¿De dónde sacaría los hombres que emprendieran con él la tarea casi gigantesca, de encausar la fuerte corriente inmigratoria que seguramenté se hubiera desbordado sobre el País, si al inaugurarse el Poder constitucional, después del costoso reclamo de las fiestas del Centenario, logra presentarse tranquilo y firme en su

voluntad de entrar en el camino del progreso? ¿De dónde podría sacar esos hombres el señor Madero, cuando en el País, durante los últimos treinta años, toda actividad política que se asomaba se le hería de muerte, y toda ambición legítima se consideraba una rebelión? ¿Podía él solo, con su innegable anhelo del bien, con su inquebrantable fe, formar esos estadistas como Jehová formó el hombre, al solo conjuro de su deseo? ¿Podía dar vida al mármol de sus ilusiones, y desgarrar con el sólo verbo de su fantasía, la inmensa nube que oculta el cielo de la Patria? Imposible: para obra de tales tamaños, se necesitaba un hombre excepcional, y el señor Madero no lo era. Para realizar el gran programa que tenía frente a sí mismo necesitaba otros tamaños, otra educación, y más que nada, una preparación de estadista que le faltaba en lo absoluto. Don Francisco I. Madero, como el señor de la Barra, iba al fracaso más completo. Su gran corazón, sus buenas intenciones, su deseo de hacer el bien, y su indiscutible patriotismo, poco significaban ante su debilidad, sus caprichos de niño y su falta de consistencia para las labores serias. Todo ello era un obstáculo insuperable. Pero había otro superior: el régimen de la familia Madero. Acostumbrada a ser conducida por quien la encabezaba, amo y señor de todos, don Francisco I. Madero, colocado por los azares de la suerte al frente de la familia, él, que hasta entonces no había figurado sino en segunda fila, al que se había juzgado poco capaz para los asuntos trascendentales, quiso ser lo que había sido su abuelo, el jefe indiscutido, y seguir los procedimientos autocráticos de don Evaristo, sin tener la experiencia, ni el talento, ni las energías de su abuelo; pero al mismo tiempo quiso ser un demócrata fiel observador de la ley. Esta contradicción en sus propósitos lo conducía

a la vacilación, y como consecuencia al fracaso, acabando por no poder imponer su autoridad ni en su propia familia.

Además, para el Gobierno de don Francisco I. Madero, jamás existió una obligación por servicios recibidos, ni nunca tuvo en cuenta los trabajos que en su favor se hacían. Prueba de ello, la conducta observada con el General Pascual Orozco hijo, cuyos servicios, sin dispute importantísimos para la causa revolucionaria, no fueron debidamente recompensados.

Bajo esta dirección se encontraba el Gobierno al iniciarse la rebelión de Veracruz, primer síntoma de la que más tarde iba a presenciar la Capital de la República. El paso dado en la tres veces heroica ciudad de Veracruz, era de tal magnitud, que indicaba con perfecta claridad el próximo fin del Gobierno del señor Madero. ¡Desgraciadamente, también indicaba el principio de una era de anarquía, que era preciso evitar! El señor Madero y sus consejeros, tampoco se dieron cuenta, no obstante el peligro que sobre ellos se cernía, de todo lo que significaba aquel movimiento, ni de las trascendencias que iba a tener y estamos palpando. Caído el Gobierno del señor Madero, los hombres que se han adueñado del Poder han establecido una nueva dictadura de carácter esencialmente militar, en la que como argumento decisivo se ha esgrimido el terror, creyendo que así pueden perpetuarse en el Gobierno de la República y dominar la revolución que se intitula constitucionalista. ¡Vano empeño! Caerán forzosamente; pero antes, provocarán la intervención extranjera y arruinarán a la Patria.

Estudiar el momento histórico porque atraviesa el País, fijar los hechos y la responsabilidad exacta de todos los actores en la tragedia que estamos representando

do y que amenaza acabar con todas nuestras energías; llamar la atención de mis compatriotas sobre la gran catástrofe que nos amenaza; y decir al mundo entero lo que ha pasado y está pasando en México, es el objeto que persigo al escribir estos apuntes. En ellos va consignada la verdad de los hechos, no como los ha pintado la fantasía o la pasión política; sino como realmente han pasado, tomando los datos de las mejores fuentes de información. En ellos juzgo hechos y hombres con la crudeza del que escribe para la historia. No teniendo, como no tengo, compromisos políticos con nadie, ni ambiciones de ninguna especie; y haciendo a un lado afectos y reñores, digo la verdad para que ella perdure en la historia. Desgraciadamente, este libro no llegará a tiempo para evitar el mal que presiento, no tengo como principal propósito remediar nada, ni enseñar a nadie.

Es un grito que sale del fondo de mi alma, y que quizás escucharán muy pocos. No remediará nuestra situación política; pero contribuirá para el estudio de este período de nuestra Historia, que todos hemos vivido anhelantes y perplejos, y servirá, sobre todo, de enseñanza a mis hijos, a quienes dedico estas páginas. En ellas verán lo que son realmente los hombres; a donde conducen las ambiciones humanas; y sobre todo, cómo entienden ciertos personajes el patriotismo.

Mis hijos, a quienes he procurado siempre inculcar tan noble sentimiento; ellos, que han compartido conmigo mis esperanzas y mis temores; que de cerca han asistido a mis luchas y han palpado las dificultades que he temido. Ellos, que saben que nunca he ambicionado nada y siempre he estado dispuesto a sacrificarlo todo en bien de mi País, vivirán nuevamente, al leer estas páginas, dentro de algunos años este período azaroso de la vida

nacional. A ellos van dedicadas estas líneas. Ellos, y quizás sólo ellos apreciarán la verdadera intención que las inspira.

México, Noviembre de 1913.

RAMON PRIDA.



CAPITULO I.

EL PLAN DE LA NORIA

“El Ferrocarril” periódico que se publicaba en México, en su número correspondiente al martes 14 de Noviembre de 1871 publicó, en la segunda plana, primera columna, el siguiente documento:

“Manifiesto del C. Porfirio Díaz.

Al Pueblo Mexicano:

LA REELECCION INDEFINIDA, forzosa y violenta, DEL EJECUTIVO FEDERAL, HA PUESTO EN PELIGRO LAS INSTITUCIONES NACIONALES.

EN EL CONGRESO, una mayoría regimentada por medios reprobados y vergonzosos, han hecho ineficaces los nobles esfuerzos de los diputados independientes y CONVERTIDO A LA REPRESENTACION NACIONAL EN UNA CAMARA CORTESANA, OBSEQUIOSA Y RESUELTA SIEMPRE A SEGUIR LOS IMPULSOS DEL EJECUTIVO.

EN LA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA, la minoría independiente, que había salvado algunas veces los principios constitucionales de este cataclismo de perversión e inmoralidad, es hoy impotente por la falta de dos